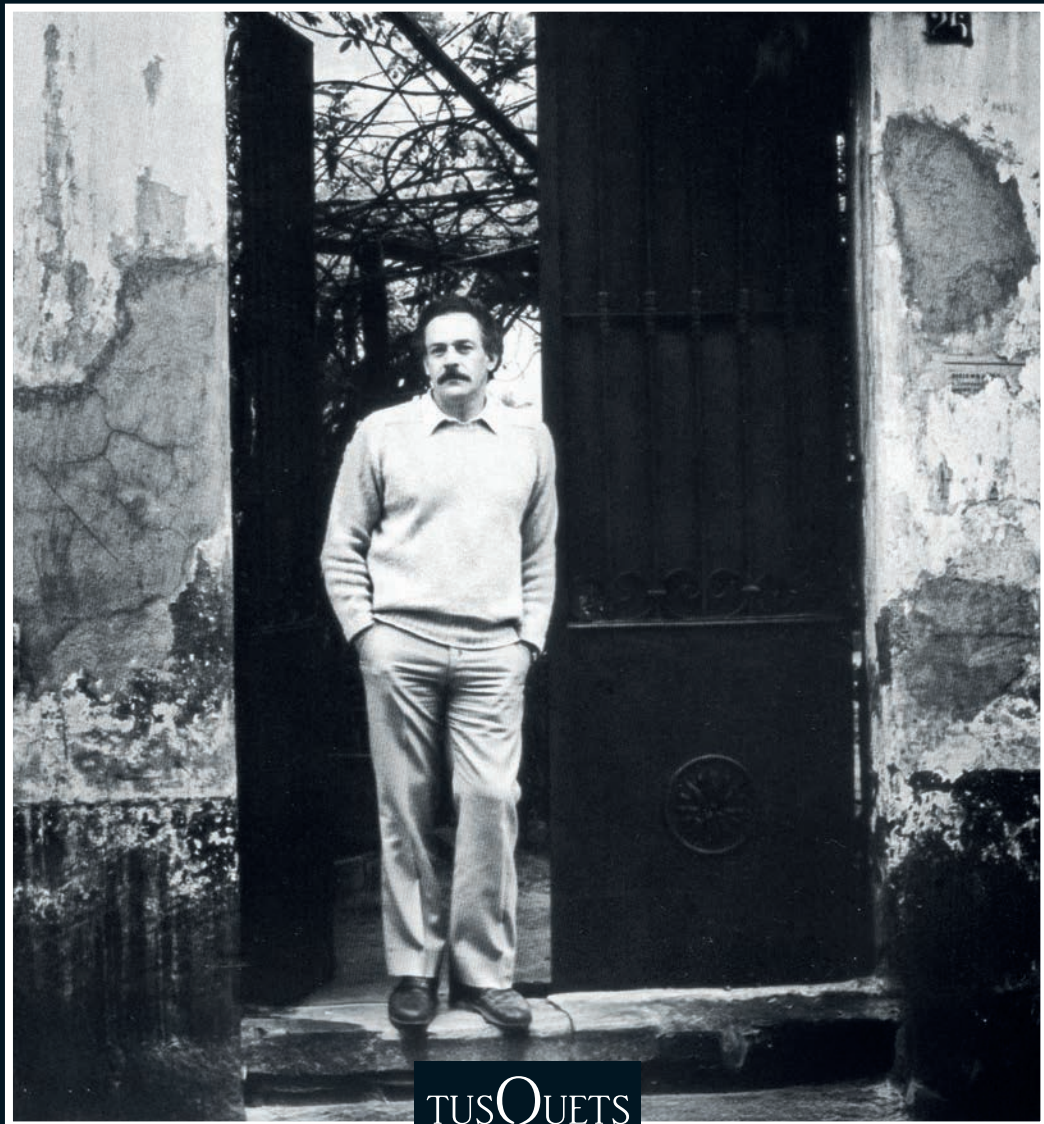


Gonzalo Celorio

ESE MONTÓN DE ESPEJOS ROTOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GONZALO CELORIO
ESE MONTÓN DE ESPEJOS ROTOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2025

© Gonzalo Celorio, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-678-4
Depósito legal: B. 14.663-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Prólogo. Es lo que hay.	13
I	
Vea mejor sin anteojos.	21
El invierno tan temido.	23
«Por do más pecado había»	39
II	
Leer.	49
Primer acto.	51
Mil novecientos sesenta y siete. Un parteaguas	62
Segundo acto	120
Alfa y Omega.	129
Primera paternidad.	138
Tercer acto	140
La Ibero	148
Segunda paternidad	155
III	
Mi nombre.	159
Tiziano 26	160
La casa	165
Modo de muerte	177
Gineceos.	188
Del tablao flamenco a la literatura infantil.	200
El Bar de Hada	211
Coreografía en tres cuadros.	215

Nostalgia prematura.....	221
Con su música a otra parte.....	233
El velorio de mi casa.....	249

IV

Un momento de su atención, por favor.....	263
La tarima.....	265
Extensión académica.....	276
Mi efímero paso por Bellas Artes.....	284
La loca de la casa.....	287
Edmundo O’Gorman. Mi abuelo académico.....	322
Retorno al magisterio.....	338
Un río español de sangre roja.....	345

V

¿Cuánto me quieres?.....	369
Mis libros.....	372
¡El caballo habló!.....	381
Carlos Fuentes. Cuatro frente a uno.....	415
El Fondo.....	420
Silvia Garza y la Cátedra Alfonso Reyes.....	437
La Feria Internacional del Libro de Guadalajara.....	459
La Academia Mexicana de la Lengua.....	469

VI

El Espíritu Santo.....	483
Desde la pandemia.....	484
Nieto y abuelo.....	494
La palabra.....	495

<i>Agradecimientos</i>	497
------------------------------	-----

Vea mejor sin anteojos

Peinado firmemente con goma de tragacanto y raya lateral a la izquierda. Cubierto medio rostro por unos anteojos de lentes gruesos. Los cuellos de la camisa, a punto de librarse de la jaula del saco azul marino del uniforme de gala para emprender el vuelo. Por suerte, aunque sonrío, mantengo la boca cerrada y no se me alcanzan a ver los incisivos superiores, separados como de conejo. Ese es mi retrato de primero de primaria en las *Memorias* del Instituto México, en las que consta que no me gané ninguna medalla. Ni de aprovechamiento ni de conducta. Vaya, ni siquiera de urbanidad, para bochorno de mamá, que tanto batallaba para que me lavara los dientes después de cada comida, me cortara las uñas y me boleara los zapatos.

Un día pasó por mi casa un libro titulado *Vea mejor sin anteojos*, recomendado por Aldous Huxley.

Yo, por supuesto, no sabía quién era Aldous Huxley, pero mi padre sí. Y, con tan prestigioso aval, lo asumió para salvarme de la furtiva desviación del ojo derecho que me había condenado a usar desde el kínder esos anteojos redondos que me hicieron acreedor a los mote de «Cuatro lámparas» o «El Sabio». No es que fuera bizco. O no, al menos, un bizco permanente, sino digamos que esporádico. De pronto «se me iba un ojo», como decía mamá. A menudo, el ojo derecho dejaba de coordinarse con el izquierdo y andaba por su cuenta, libre e independiente durante unos segundos, acaso uno o dos minutos, al cabo de los cuales regresaba, sumiso, al rigor de la simetría.

La última responsabilidad familiar de mi padre, ya jubilado, fue vigilar que yo hiciera los ejercicios recomendados en el afamado libro para deshacerme de esos anteojos prematuros.

Los ejercicios que el manual imponía eran simples: yo debía leer un cartón, que venía doblado con el libro, en letras mayúsculas que renglón a renglón iban disminuyendo de tamaño, como los letreros que usan los oculistas para graduar los lentes. Las debía leer a una distancia determinada, dos metros más o menos, primero con el ojo izquierdo y luego con el derecho. A la hora de la lectura tenía que ir moviendo el cuerpo balanceándome como un lento metrónomo. Para leer sólo con un ojo, debía taparme el otro. Lo hacía con una cuchara grande de madera que mamá había elegido entre sus enseres cocineros. Papá supervisaba distraídamente ese ejercicio mientras leía el periódico, pero al segundo día, yo ya me había aprendido de memoria las letras del cartel, así que no servía de nada el ejercicio. Lo podía haber hecho con los dos ojos cerrados. Papá quería liberarme de mis anteojos, que a menudo se me rompían, pues en ese tiempo los lentes eran de cristal, y costaban mucho dinero, «un ojo de la cara» según se quejaba mi madre si yo regresaba del colegio con un lente estrellado. Cuando años después vi por primera vez el *Guernica* de Picasso, identifiqué a mi madre con la mujer del extremo inferior izquierdo del cuadro. Tanto parecía sufrir cuando yo regresaba del colegio con los anteojos rotos.

No sé si fue a causa de esos ejercicios, pero el caso es que dejé de usar anteojos por un buen tiempo. El ojo derecho ya no se extraviaba más que muy de tarde en tarde, como si quisiera buscar y retener en la memoria la última imagen de papá, con su bata azul, su boina y sus pantuflas, vigilando mis ejercicios para ver mejor sin anteojos.

El invierno tan temido

Uno

2020. Tengo setenta y dos años, una edad superior a la que alcanzó mi padre, quien murió apenas cumplidos los setenta. Es cierto que me llevaba muchos años, pues soy el undécimo de sus hijos, pero desde que yo lo recuerdo, era, para mí, un anciano. Se había jubilado poco después de mi nacimiento, había perdido el oído casi por completo, no se afeitaba más que una vez a la semana y usaba, durante el día, una dentadura postiza que pasaba las noches, muda y hambrienta, en un solitario vaso de agua. No salía de casa más que en ocasiones determinadas —y determinantes—: la boda de alguno de sus hijos, el bautizo de algún nieto, el velorio de algún pariente. Se pasaba el día en bata, en pantuflas, con una boina en la calva, y sentado a su escritorio, leyendo el periódico *Excélsior* o la revista *Popular Mechanics*, escribiendo cartas amorosas a mi propia madre, que andaba por ahí afanada en las tareas domésticas, o ideando artilugios que ya se habían inventado y, sin que él lo supiera, circulaban por el mundo bendecidos por la producción industrial. La imagen de su persona que anidó en mi memoria es la de un hombre sentado de espaldas a la vida; un hombre que había asumido con mansa resignación la soledad de su sordera; un hombre con mucho pasado, con un presente precario y sin ningún futuro. Un hombre viejo, pues. Ahora, yo soy más viejo de lo que él nunca fue. Es cierto que, a semejanza suya, me paso la mayor parte de la vida en soledad, sentado a mi escritorio, pergeñando textos inútiles, rumiando lecturas empolvadas o inventando fabulaciones que seguramente ya escribieron otros. Pero también es verdad que sigo impartiendo mis cursos en la universidad —absorbiendo la sangre juvenil de mis alumnos—, que no

me he jubilado ni pienso hacerlo hasta que desfallezcan mis fuerzas o mi lucidez, que tengo más proyectos en la cabeza que capacidad para realizarlos, que practico tai chi —un arte marcial curiosamente pacífico— y que todos los días me baño, me rasuro y me visto, aunque no tenga que salir de casa. En un sentido que no se subordina a la cronología, soy, pues, más joven que lo que mi padre fue en la etapa final de su existencia.

A las personas que han cumplido mis años, se les suele decir que han llegado a la *edad otoñal*. Aplicada a las mujeres, que suelen ser más longevas que los hombres, la metáfora puede ser valedera e incluso apologética: presume madurez, experiencia y no descarta la belleza ni elimina la sensualidad. Aplicada a los hombres, es un eufemismo. Debo aceptarlo: he llegado a la edad invernal, sobre todo si considero que en México la edad promedio es de veintinueve años y que sólo el siete por ciento de la población tiene más de sesenta y cinco. Pero aun si pensara optimistamente que podría alcanzar los noventa, como no es raro que ocurra en el ámbito académico al que pertenezco, hace más de cuatro que estoy en la cuarta estación, es decir, sin tapujos, en el invierno de la vida.

El rechazo a asumirme como anciano, compartido por muchos colegas, amigos, compañeros y familiares de mi edad o mayores que yo, de seguro proviene de las cada vez más generosas expectativas de vida, que en México alcanzan los 75.1 años, y de una consecuente demanda social de jovialidad, que agujeronea nuestro orgullo y nuestra vanidad.

En alta medida, la juventud es una invención moderna de las sociedades desarrolladas. Tal etapa de la vida no existía en muchos países hasta hace poco tiempo y en algunos no existe todavía. En el cuento «Luvina» de Juan Rulfo, para poner un ejemplo mexicano de mediados del siglo xx, un viejo profesor, que ha sido destacado en ese lugar paupérrimo y fantasmal del imaginario jalisciense de su autor, lanza una hipérbole por demás convincente; dice que ahí los niños «pegan el brinco del pecho de la madre al azadón», es decir que saltan de la primera infancia a la vida laboral de los adultos sin pasar por la adolescencia, sin nunca haber sido jóvenes.

Cuando viajé por primera vez a París en 1978, al cumplir treinta años, me impresionó que las personas de mi edad y de mi con-

dición prolongaran su juventud indefinidamente como eternos alumnos de posgrados acumulativos. Ellos, en Francia, eran solteros, estudiantes, becados, cuando yo, en México, ya era padre de familia y profesor universitario y tenía que procurar mi sustento y el de los míos sin más apoyo que mi propio trabajo. El periodo juvenil ha ensanchado sus fronteras en la medida en que nuestro país ha venido entrando en la modernidad. Ante la demanda de seguir siendo jóvenes aun cuando se haya llegado a la vejez, quienes vivimos el invierno de nuestras vidas nos vemos conminados a ser primaverales o por lo menos estivales: lúcidos, memoriosos y, sobre todo, saludables: ágiles, enhiestos, potentes. Sin duda tal presión es estimulante y contribuye a mejorar la condición de nuestras vidas y a prolongar su duración. No podemos evitar, sin embargo, que el tiempo haga su trabajo, pero algo podemos hacer para que su paso nos dignifique en vez de convertirnos, como con saña suele hacerlo, en una caricatura de nosotros mismos.

Dos

En 1580 Michel de Montaigne publicó el primer tomo de sus ensayos. Tenía entonces cuarenta y siete años. Como lo empezó a escribir antes de cumplir los cuarenta, es —diríamos ahora— una obra de juventud; sin embargo, en ese primer volumen aparece su ensayo «De la edad». En él, Montaigne, retirado del mundanal ruido y confinado en una torre que metafóricamente podría calificarse de ebúrnea, se ve a sí mismo como un hombre viejo. Piensa que «ha escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron». Y, con su habitual gusto por las paradojas, considera que morir viejo de «muerte natural» es lo menos natural que puede ocurrir, pues lo común y universal es morir antes de llegar a la senectud. Está convencido (si es que Montaigne alguna vez tuvo alguna convicción que no fuera la de no tener ninguna) de que las responsabilidades deben asumirse en la primerísima juventud, a más tardar a los veinte años, como él mismo lo hizo tras la muerte de su padre. A esa edad —dice— «los hombres son ya lo que de-

ben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida». Desde nuestra perspectiva del siglo xxi, podríamos pensar que Montaigne se opone a la prolongación de la juventud cuando apenas se ha llegado a ella y a la prolongación de la vida cuando apenas se ha alcanzado la madurez. Lo cierto es que, del siglo xvi a nuestros días, los tiempos han cambiado en lo que respecta precisamente a la concepción del tiempo y a las edades que su transcurso va engendrando.

El creador del ensayo mandó inscribir estas palabras en lengua latina sobre la chimenea de su refugio:

En el año de Nuestro Señor de 1571, a la edad de treinta y ocho años, en las vísperas de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, hastiado de la esclavitud de las cortes y de los empleos públicos, pero conservando todavía la entereza de facultades, se refugió Michel de Montaigne en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, para vivir así el tiempo que le quedaba de vida, consagrando al reposo y a la libertad el sosegado aposento que heredó de sus antepasados.

Devoto del aforismo (que aforísticamente podría definirse como un «ensayo concentrado»), Montaigne también inscribió en las vigas de su emblemática torre una serie de sentencias procedentes de las literaturas bíblica y grecolatina. Varias de ellas se refieren directa o indirectamente a la vejez. Una acata con la escéptica sabiduría que dan los años que «No vendrán nuevos placeres por mucho vivir más» (Lucrecio); otra, tan sabia como pragmática, aconseja: «No temas ni desees tu último día» (adaptado de Marcial) y dos versículos del Eclesiastés —antecedentes del paradigmático *carpe diem* horaciano— cifran la banalidad de la vida y la urgencia de aprovechar el presente, dramáticamente pasajero: «Tierra y ceniza, ¿por qué tanto orgullo?», dice uno, y «Disfruta del presente, lo demás no te incumbe», dice el otro.

Los poemas del *carpe diem*, cuya tradición ha perdurado a lo largo de los siglos, exaltan la belleza y la vitalidad de la juventud —«divino tesoro» en el decir de Rubén— y exhortan a su disfrute y aprovechamiento antes de que el tiempo acabe con ellas. En el

Renacimiento, los poemas de esta temática oponen la frescura de la edad juvenil a la inminencia de la senectud; en el Barroco, es la muerte la que acaba por oponerse a la lozanía de la temprana edad. En su célebre soneto «En tanto que de rosa y azucena...», Garcilaso de la Vega (quien, por cierto, sólo vivió treinta y tres años) compara naturalmente la belleza y la inocencia de una muchacha con las flores (el encendido rubor de las mejillas con las rosas y la casta palidez del semblante con las azucenas); lanza un encomio: «coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto, antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre», y concluye: «Marchitará la rosa el viento helado, / todo lo mudará la edad ligera, / por no hacer mudanza en su costumbre». En cambio, en su soneto «Mientras por competir con tu cabello...», Luis de Góngora establece sus símiles con los artificios de la cultura («oro bruñido», «luciente cristal») y no sólo con las dádivas de natura; sus asociaciones no se fincan en la equivalencia o en la semejanza, como las de Garcilaso, sino en la rivalidad, en la pugna, en el contraste. *Competir con, triunfar de* son el tipo de nexos que unen lo comparado con aquello con lo que se compara. Tras el *carpe diem* propiamente dicho, que anuncia una especie de autopsia, pues disecciona los elementos del rostro de la mujer, al igual que tres siglos después lo harán los pintores cubistas, el poeta culterano no se detiene en la vejez, como lo hace el renacentista, sino que, muy barrocamemente, llega, sin pudor, sin recato, a la muerte: «goza cuello, cabello, labio y frente, / antes que lo que fue en tu edad dorada / oro, lirio, clavel, cristal luciente, / no sólo en plata o viola troncada / se vuelva, mas tú y ello juntamente / en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada». Y es que, con la vejez, del poeta y del mundo (Góngora nació más de medio siglo después que Garcilaso y le dobló la edad), parece acentuarse la conciencia de la muerte, cada vez más próxima. En el México virreinal, sor Juana Inés de la Cruz concluye su poema «Este que ves engaño colorido...» con un verso casi igual al que le da término al soneto de Góngora: «es cadáver, es polvo, es sombra, es nada». Llega a la misma conclusión que el poeta cordobés, pero el camino que sigue es más sinuoso y en ningún momento se detiene en el gozo de la juventud: lo único que existe y permanece es la muerte. La vida es una ilusión, diría Calderón de la Barca.

Al margen de las ideas o las creencias que cada ser humano pueda esgrimir o profesar, tenemos dos certezas incontestables: una, que vamos a morir; otra, que de la muerte no sabemos nada, pues nadie que la haya sufrido en carne propia ha sobrevivido para contarlo. Nadie, salvo Lázaro, según la narrativa evangélica, asumida como verdadera por la fe de sus creyentes. Por cierto, si, en su divina omnisciencia, Jesús hubiera conocido el poema que diecinueve siglos después habría de escribir el poeta sevillano Luis Cernuda con el título de «Lázaro», acaso no habría resucitado al hermano de Marta y María, las piadosas mujeres de Betania. Es verdad que el poema puede leerse como la luminosa conversión del poeta a la fe cristiana tras una vida de oscura incredulidad, a la manera en que el apóstol Pablo recibió la luz de Cristo en el camino de Damasco, pero también en él asoma la debilidad del recién resucitado «para llevar la vida nuevamente». Mal que bien, Lázaro ha sido condenado al terrible suplicio de morir dos veces, para gloria de quien tuvo el poder de resucitarlo, pues quienes atestiguaron el milagroso suceso le confirmaron a Jesús su creencia en la condición mesiánica de su persona.

En su pequeño gran ensayo *Al cumplir los ochenta* —publicado en español por Hernán Lara Zavala, quien también lo prologa—, el tan vilipendiado escritor norteamericano Henry Miller, cuyos libros estuvieron prohibidos durante mucho tiempo en los Estados Unidos por considerarse pornográficos, dice: «Tal vez lo más alentador de envejecer con gracia sea la capacidad cada día mayor de no tomarse las cosas demasiado en serio». Aún no he alcanzado la edad que él tenía cuando escribió su ensayo —y posiblemente no la alcance—, pero he llegado ya al invierno de la vida. Así que, amparado en su pensamiento, aunque no haya sido tocado por su gracia, no me avergüenzo en confesar de manera simplista y categórica, después de haber recorrido los caminos de la fe cristiana y del agnosticismo, mi absoluto descreimiento en la prolongación de la vida más allá del reino de este mundo. Es decir que nunca tendré la satisfacción de decirles a los creyentes el tan reivindicativo «se lo dije» que ellos seguramente piensan que algún «día» le

podrán espetar a mi alma recién liberada de mi cuerpo y condenada, por mi falta de fe, al infierno tan temido.

Muy poco me consuela la esperanza de que alguna parte de mí, como pensó Borges de sí mismo con muy buenas razones, ha de perdurar en las páginas de un libro, igualmente perecedero, o en el recuerdo transitorio de quienes me han querido, pues son tan mortales como yo. Debo decir, sin embargo, que mis muertos amados sí sobreviven en mí, y sobrevivirán mientras yo exista. Es el único caso en que mi cabeza no rehúsa la idea platónica, llevada a sus extremos filosóficos por el obispo Berkeley, de que *Esse est percipi*. Toda proporción guardada en términos de tiempo y de espacio, cuando recuerdo a mis muertos, pienso en las estrellas que vemos en el firmamento. Algunas ya murieron, pero su distancia es tal, que su luz apenas está llegando a nuestros ojos, es decir que sólo viven en nuestra mirada, que sustituye su propia existencia o, mejor, que les otorga la existencia perdurable que perdieron miles de años atrás. Viven, brillan, titilan, resplandecen en nuestra fugaz memoria.

Vuelvo al tema del *carpe diem* para advertir que en nuestra tradición judeocristiana el placer al que incitan los poemas que lo abordan tiene como contraparte la culpa. La cresta de la ola y la resaca, pues. Para mí, la vejez ideal es aquella que transforma el gozo disfrutado durante la juventud en serena satisfacción, y que no paga su factura al precio inflacionario de la soledad. Ahora bien, si la soledad acaba por imponerse, se viva o no en compañía, lo mejor es asumirla con la sapiencia que los años han configurado, e incluso disfrutarla como un nuevo *carpe diem* extemporáneo. «El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad», dice Melquíades, el narrador oculto de la gran novela de Gabriel García Márquez. Si al final de la vida tuviéramos que pagar el placer juvenil con altos intereses, siempre será preferible arrepentirnos de lo que hicimos que de lo que dejamos de hacer. Como reta el dicho popular, «¿Quién nos quita lo bailado?». Ciertamente un personaje de una novela mía definía el Infierno como el lugar donde al condenado le quitan lo bailado. Pero no se necesita llegar a esta atroz postrimería del catecismo. La muerte se encarga de quitarnos lo bailado. Porque, a fin de cuentas, la muerte nos quita todo. Y si

morimos de muerte natural, que, como ya dije con Montaigne, es la menos natural de las muertes, paulatinamente nos va quitando la salud, la memoria, el futuro..., a pesar de la jovialidad que la cultura contemporánea nos ha otorgado de manera tan liberadora como impositiva. La muerte es un fin, sí, pero también es un proceso, que empieza el mismo día en que nacemos.

Una de las sentencias más inquisitivas de las vigas de la torre de Montaigne —y vuelvo al clarividente señor que, como Quevedo, sabía conversar con los difuntos— es la que se pregunta Eurípides: «¿Acaso no es vivir una forma de morir?». Con independencia de la fe de quienes creen que la existencia humana continúa, transfigurada, más allá de la muerte en el Hades; el Paraíso, el Purgatorio o el Infierno; el Tlalocan o el Mictlán; el Tushita o el Naraka..., la postulación de que la vida es una paulatina manera de morir es axiomática. No otra cosa dice en sus profundidades insondables José Gorostiza en «Muerte sin fin», uno de los mayores poemas filosóficos de la literatura mexicana. De manera prístina lo dice también Xavier Villaurrutia en la última de sus décimas dedicadas a la muerte, que concluye con un silogismo inapelable:

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!
Esta lúcida conciencia
de amar a lo nunca visto
y de esperar lo imprevisto;
este caer sin llegar
es la angustia de pensar
que puesto que muero existo.

Y aún más sinópticamente lo confirma Juan Villoro en el título de una película suya: *Vivir mata*.

«¡Qué rápido se fue este año!» El lugar común que oímos en las fiestas decembrinas o en las celebraciones de cumpleaños tiene justificación objetiva, pues cada año cuenta cada vez menos con relación a la edad que se va acumulando en el transcurso de la vida. Cuando cumplí mi segundo aniversario, dupliqué mi edad; cuando cumplí setenta y dos, el último año vivido sólo representó una septuagésima segunda parte de mi vida: apenas un suspiro. No sabemos a ciencia cierta cuándo daremos nuestro último suspiro, para emplear una imagen cara a Luis Buñuel, pero en el camino vamos estableciendo una relación entre el pasado y el futuro día a día más dramática, pues obviamente que el primero aumenta en la medida en que el segundo disminuye. «¡Tienes todo el futuro por delante!» El sentido de esta frase pleonástica que nuestros mayores nos lanzaban cuando éramos jóvenes, se contrae conforme los años se suceden. Sin que tengamos conciencia cotidiana de su constante e implacable reducción, ese *todo* se va parcializando hasta la desaparición de su sentido original. Muchos de los que fueron nuestros proyectos juveniles ya no los podremos llevar a cabo. Ya no aprenderé alemán, ya no escribiré una novela histórica sobre Carlos de Sigüenza y Góngora y muy posiblemente ya no viajaré a las islas griegas para reconocer los itinerarios de Odiseo. Pero lo más doloroso, lo más triste, es que no volveré a vivir lo que ya he vivido. Nunca más, ay, regresaré a Ítaca, así haya salido indemne de la guerra de Troya, de las amenazas de Polifemo, de los cantos de las sirenas, de los hechizos de Circe y de los malos augurios que el espectro de Tiresias me anunció en mi breve paso por el Hades. Tampoco volveré a leer el *Ulises* de James Joyce.

Marcel Proust dedicó su vida a buscar el tiempo perdido a través de la escritura. El último volumen de su monumental novela se titula *El tiempo recobrado*. La obra sigue viva, es cierto, pero su autor no. La escritura le permitió recordar su historia y aun justificarla, pero no volver a vivirla más que de manera vicaria, mediaticada por la literatura, que puede reflejar la vida y aun recrearla, mas no sustituirla.

Entre las diez estrofas que componen el poema «Límites» de Jorge Luis Borges (me refiero al segundo de los dos que publicó bajo el mismo título), escojo una, la de los libros que jamás leeremos, que ilustra, como las otras, la fatal reducción del futuro:

Tras el cristal ya gris la noche cesa
y del alto de libros que una trunca
sombra dilata por la vaga mesa
alguno habrá que no leeremos nunca.

El camino para llegar a la vejez se antoja largo, pero cuando se ha recorrido y volvemos la vista atrás, suele parecernos demasiado corto. Así se pasa la vida, «tan callando», como musitó Jorge Manrique en las *Coplas* que escribió a la muerte de su padre.

Cinco

«La salud es un estado transitorio que a nada bueno conduce», decía Tita Casasús con gracia inigualable.

Sin previo aviso, tocan a las puertas de nuestro cuerpo algunos achaques desconocidos. No podemos evitar que entren. Los recibimos como visitantes temporales, pero poco a poco se van acomodando en nuestra vida cotidiana. Dejan de ser huéspedes ocasionales para volverse primero inquilinos permanentes y luego absolutos propietarios de nuestro organismo: el dolor en la región lumbar, que acaba por enseñorearse de mi columna vertebral y del larguísimo, sinuoso y ramificado nervio ciático; la paulatina caída del cabello, que me deja la coronilla al descubierto cual tonsura franciscana; la fragilidad de las uñas, que me impide abrir la cuchilla de la navaja suiza que conservo desde que era *boy scout*; el olvido del nombre del amigo cercano —del amigo o del escritor o de la película o del libro—. Se va incrementando el número de medicamentos que alojo en el pastillero, compartimentado según los días de la semana para que no se me olvide tomarlos cotidianamente ni los duplique por haber olvidado que ya los había to-

mado; se me dificulta secarme los pies después del baño sin sentarme en la tapa del mayestático escusado; me sofoca el mínimo acto de abrocharme las agujetas de los zapatos, y acaso lo peor: la sangre no siempre llega al río para cumplir un deseo compartido.

Como sé que cada vez es más corto el tiempo que me queda y que mis facultades irán mermando inexorablemente, he tomado algunas providencias tan necesarias como deprimentes: instalé unas barras en el baño para que al salir de la tina no me rompa la crisma o la genitalia; guardé en el cajón de mi buró unos números telefónicos de emergencia; adquirí un costosísimo seguro de gastos médicos mayores, cuyo desperdicio agradezco más que si lo utilizara; suscribí ante notario público mi «voluntad anticipada» para que no me prolonguen la vida artificialmente en un hospital, y los facultativos que no tengan objeción de conciencia puedan practicar la ortotanasia que la legislación mexicana permite y que es una suerte de eutanasia *light*, sólo aplicable en caso de que la enfermedad padecida sea terminal, irreversible, progresiva e incurable; formalicé un testamento tan parco como inequívoco; aparté un espacio mínimo en la cripta familiar que acoja mis cenizas y no mi cuerpo entero, pues no quiero que mis carnes se descompongan lentamente como se pudren los cuerpos de los reyes y de los obispos en los terroríficos medios puntos del pintor sevillano Valdés Leal, de los que Murillo dijo que, para verlos, había que taparse las narices... Todas estas medidas vulgares a fuer de prácticas, que enumero como si en la vejez no dispusiera de otro recurso literario que la enumeración, las adoptamos para enfrentar de la mejor manera el desenlace fatal, igualmente vulgar, aunque lo ornamentemos de trascendencia, y evitar, hasta donde sea posible, que nuestros deudos nos maldigan en nuestro propio sepelio.

El futuro, que la edad va encogiendo de manera dramática, cobra en la vejez una importancia mayúscula, proporcional a su disminución. Es poco el tiempo que nos queda para disfrutar la vida; hay que aprovecharlo como si se tratara de un renovado *carpe diem* invernal —como lo dije—. Ya no tenemos la misma energía de la primavera, pero, en compensación, disponemos de mayor capacidad selectiva, gracias a la experiencia que los años acumu-

lan. Es entonces cuando el amor se diferencia de la aventura, la amistad se distancia de las meras relaciones sociales, la vida interior supera con creces la vida pública, y la soledad se vuelve fecunda. «La perfecta vejez: la cabeza complicada y los gustos sencillos», reza uno de los sabios y agudos aforismos de Edmundo O'Gorman.

La selectividad no está reñida con la tolerancia. Cada vez soy más selectivo en lo que hace a mi mundo: mis amigos, mis interlocutores, mis lecturas, mis comidas, mis itinerarios; y también cada vez soy más tolerante con los demás, cuya propia selectividad respeto, aunque quizá menos con amor que con indiferencia.

Seis

En contraste con el dolor moral, que ennoblece y dignifica, el dolor físico humilla y hace del cuerpo un pordiosero, como decía Sergio Fernández, recordando a Góngora o a Lope de Vega (ya no me acuerdo). Me asusta el dolor físico, para el cual tengo un umbral muy chaparrito, pero lo que realmente me aterroriza es la pérdida de autonomía, «el único buen placer», según la frase de Sótades que Montaigne también hizo inscribir en una de las vigas de su torre de marfil. La dependencia de los demás para caminar, para defecar, para asearse, para leer es un atentado a la libertad que puede corromper la compasión amorosa de los nuestros y exponerla a todo lo contrario de lo que el amor preconiza: el fastidio, el rechazo, el abandono. Ahora mal, si esa condición valetudinaria no es meramente física, sino también mental, el problema es aún más grave.

Dos hermanos míos han padecido Alzheimer. Uno murió con la enfermedad que le desbarató la memoria, la dignidad y la inteligencia; otra vive como un vegetal sonriente, a costa del heroísmo de sus hijos. Me rehúso a vivir sin memoria, sin palabras, sin control y, sobre todo, sin identidad. Leí que no se registran casos de suicidio entre los que padecen ese mal. Sin identidad, no sabrían a quién estarían matando. Que me ayuden a morir sin esperar a que mueran antes las esperanzas de mi pronta recuperación.

Hace poco tiempo, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, fui invitado a participar en la presentación de una novela de las que ahora se clasifican como autoficción, *Hablemos de la Nina*, de la autoría de la legisladora mexicana Beatriz Paredes, en la que habla de su madre. En un conmovedor capítulo, cuando la Nina, así nombrada cariñosamente, siente que ya ha acabado de estar en esta vida que para ella ha sido terriblemente ardua, le dice a su hija: «Me quiero morir». Beatriz, entonces, le responde: «Está bien, mamá. Si estás segura, yo te ayudo. Yo me encargo». La narradora manifiesta una posición que yo comparto plenamente: «Creo que la muerte es un derecho. Creo que las personas tienen derecho a elegir si continúan o no con su existencia. Siempre he pensado que el suicidio es un tributo de tu libertad». No fue necesario que Beatriz ayudara a su madre a morir. Ella dejó de comer hasta poner fin a sus días. Pero después de leer el libro me pregunté cómo habría ayudado la legisladora mexicana a morir a su madre sin la protección de la legalidad que, en México, no admite la eutanasia más que de una manera asaz conservadora.

En esa misma edición de la Feria, presenté el más reciente de los libros tanatológicos de Arnoldo Kraus, *La morada infinita. Entender la vida, pensar la muerte*, que prologó Eduardo Matos. Las altas expectativas de vida, el desarrollo de la tecnología médica, los intereses de las compañías de seguros... se esfuerzan en desacreditar a la muerte como nuestra constante compañera y la convierten en un tabú, en la palabra impronunciable, la que quema los labios. En vez de negarla, debemos aprender a convivir con ella. En sus luminosas páginas, Kraus se pronuncia a favor de la dignidad de la muerte; en contra de la prolongación de la agonía cuando la enfermedad es incurable, y en pro del respeto a la decisión personal de morir, que debe considerarse un acto de valentía y decoro y no de fracaso o cobardía. El fenómeno de la muerte, en tanto que tema médico, debe asumirse, piensa, con un espíritu laico: «El derecho a morir con dignidad requiere diversas intervenciones. Es necesario considerar el acto como derecho humano, sensibilizar la opinión pública y exigir que instituciones estatales y de salubridad se pronuncien al respecto».

La sombra de Tiresias le auguró a Ulises que moriría sin agónía. El redactor de la «Epístola moral a Fabio», Andrés Fernández de Andrada, anheló una muerte rápida e imprevista: «... Oh muerte, ven callada / como sueles venir en la saeta»; García Lorca escribió esta cuarteta en uno de los poemas de su *Romancero gitano*:

Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser,
con las sábanas de Holanda.

Ojalá así sobrevenga la muerte; si no, que tengamos, como la del dictador Porfirio Díaz en la narración del revolucionario Martín Luis Guzmán, un tránsito sereno.

Coda

Empecé a escribir este ensayo a finales de diciembre de 2019, cuando todavía no había hecho su aparición el coronavirus en el escenario del mundo. Pero muy pronto tuve que interrumpir la escritura por las medidas que me vi obligado a adoptar en términos personales, familiares e institucionales ante la circunstancia imprevista y dramática de la pandemia.

He retomado la escritura en Malinalco, donde mi mujer y yo decidimos aislarnos desde finales de marzo para evitar, hasta donde fuera posible, el contagio. Hasta ahora, ni ella ni yo hemos tenido ningún síntoma de infección.

Confinado en esta casa luminosa, en la que los ciruelos del jardín, que en invierno se quedan sin una hoja, empiezan a reverdecir delante del ventanal de mi escritorio y pierden el dramatismo de sus ramas convulsas y se vuelven apacibles, escribo. O, mejor dicho, reescribo. Sobre la vejez y sobre la muerte. Y al terminar de escribir, revisar y reescribir los breves capítulos precedentes, me percaté de que en el transcurso de la escritura he dejado de creer en lo que he escrito.

Por mi edad, por mi hipertensión y por los kilos de más que carga mi cuerpo —o que lo cargan a él—, pertenezco al grupo de mayor vulnerabilidad si el virus se llegara a alojar en mis pulmones.

No sé si alcanzaré a ver los ciruelos totalmente reverdecidos; si voy a morir en Malinalco, alejado de mis libros; si tendré la oportunidad de despedirme de mis hijos, que están igualmente confiados que yo, uno en Madrid, otro en Cuernavaca; si moriré aquí a los setenta y dos años y no a los noventa que la apacible vida académica ilusamente me había preconizado.

Releo lo que hasta aquí he escrito y pongo en tela de juicio la veracidad de mis pensamientos, no porque hubiera mentido deliberadamente cuando los transformé en discurso, sino porque el virus y el encierro han modificado mi visión de la vejez y de la muerte.

La legítima prioridad que nuestro endeble sistema de salud les dará a los jóvenes sobre los mayores de sesenta y cinco años me hace más viejo de lo que había creído, amparado en las expectativas de vida que la modernidad ha creado y que el virus ha echado por tierra.

Contrariamente a lo que hasta aquí había escrito, debo confesar que tengo miedo de morir, sobre todo de morir asfixiado; sin duda querré tener acceso a un respirador automático no obstante el rechazo que he manifestado a la prolongación artificial de la vida. De nada servirán las disposiciones tomadas previamente. Es posible que no tenga una muerte digna, que los míos no me acompañen en el tránsito final ni tampoco en mis funerales, que, si muero ahora, no existirán.

Ante una pandemia de esta envergadura, capaz de devastar poblaciones enteras, la muerte individual me parece una frivolidad.

Esta mañana murió en el Hospital Ángeles mi entrañable amigo Pepe Díaz. Es el primero de mis amigos que muere a causa del coronavirus; el primero de una lista insospechada que inexorablemente se cobrará un sinnúmero de vidas. Su esposa no tuvo permiso de acompañarlo en su último suspiro. No habrá duelo para procesar la pérdida, para creerla, para asumirla. Del hospital, su cuerpo será trasladado directamente al crematorio. «¿Quién nos curará del fuego sordo?», se preguntó Cortázar.

Siento que esta pandemia empieza a quitarme lo bailado.

Malinalco, 12 de abril, domingo de Resurrección, 2020

*

Con independencia del virus, en los últimos tiempos han aumentado los años en nuestra expectativa de vida, pero no necesariamente esta prolongación de la edad se corresponde con la salud. ¿Será que cada vez vivimos más tiempo enfermos?